

RECORDANDO A PRESEDO: UNA EVOCACIÓN PERSONAL

JOSÉ MIGUEL SERRANO DELGADO

Universidad de Sevilla

Resulta francamente grato, y a mi modo de ver de estricta justicia y reconocimiento, que se dedique un número del *BAEDE*, la revista que representa a la sociedad que encarna la iniciativa y el interés público por la egiptología en nuestro país, a la memoria del profesor Francisco José Presedo Velo. Y más aún para quien escribe estas líneas, que tuvo la fortuna de conocerlo en el trato cotidiano y de compartir durante casi veinte años trabajo y amistad en el marco del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla. Desde los recuerdos de ese tiempo, de las jornadas de trabajo, las charlas y también el ocio compartido, desde la fuente de las impresiones y de las imágenes que uno ha ido atesorando después de tantos años de convivencia, provienen estas líneas, que ante todo pretenden ser un homenaje más a una personalidad cenital que sin duda ha dejado una profunda huella en el marco académico español, muy especialmente en lo relativo a los estudios centrados en el Oriente Antiguo y a Egipto.

Francisco Presedo había nacido en Cos, cerca de Betanzos. Era, por lo tanto, gallego de nacimiento, pero también de vocación y de sentimiento. Y ciertamente que ejercía como tal. Nunca perdió sus raíces, ni el contacto con la tierra que le vio nacer. Era sin duda llamativo que llevara tantos años fuera de Galicia, que había viajado extensamente y que conocía tanto idiomas, mantuviera sin embargo un acento tan marcado; entre sus alumnos y estudiantes, era célebre la dificultad que suponía su forma de hablar, su agilidad mental y la velocidad con que transmitía conceptos y datos, lo que convertía la tarea de coger apuntes en una auténtica hazaña. Muchos optábamos por acomodarnos en los pupitres y saborear con avidez y libertad sus magistrales lecciones. Comenzó su formación superior en

la universidad de Santiago de Compostela, donde al hilo de los usos académicos de entonces, llegó a adquirir una extraordinaria maestría en lenguas clásicas, en latín y griego, algo que le marcaría profundamente en su manera de entender el estudio de la historia y la formación integral de un intelectual. Continuó sus estudios en Madrid, en la Complutense. Eran los años difíciles de la posguerra, y no cabe duda de que las deficiencias y carencias de la vida universitaria de aquellos años eran notables. Esto realza aun más la exigencia con que Presedo se enfrentó a su labor de aprendizaje y al perfeccionamiento de sus estudios; en cierto sentido, tuvo que convertirse en un autodidacta, con una gran libertad de miras y amplitud de horizontes, aunque nunca dejó de reconocer su débito hacia determinadas personalidades de la época, que dejaron en él una profunda impronta y que supieron adivinar el valor que comportaba aquel joven estudiante gallego. Entre estos primeros maestros, tan importantes a la hora de trazar cualquier biografía intelectual, mencionaba de manera especial a Santiago Montero, en quién tuvo a uno de sus mentores predilectos.

Su trayectoria profesional dentro del ámbito académico fue larga y diversa. Es preciso resaltar con rotundidad, y no deberíamos olvidarlo, que Presedo fue uno de los «padres fundadores» de la Historia Antigua en España, entendida como una disciplina científica con personalidad propia, vinculada y desligada al mismo tiempo con la Arqueología, la Historia del Arte y la Filología Clásica. Junto con otras inolvidables personalidades como José María Blázquez, Marcelo Vigil, o Angel Montenegro, formó parte de la primera hornada de catedráticos o profesores universitarios que específicamente inauguraron las áreas, cátedras o departamentos de Historia Antigua en las universidades españolas. Como tal, a principios de los años setenta recaló en la Universidad de Sevilla, ciudad en la que se estableció definitivamente. Cuando llegó a la por entonces Facultad de Filosofía y Letras la situación no era nada alentadora: pocos libros modernos y ningún profesorado; además tuvo que adaptarse a una estructura académica arcaica y reaccionaria que hubiera desalentado a alguien menos animoso que él. Pero enseguida se puso manos a la obra. Se empeñó en formar una buena biblioteca, sabedor de que para los hombres de letras los libros son la materia prima, nuestros instrumentos, nuestras probetas y matraces, y que las salas de lecturas son los laboratorios en los que desarrollamos nuestra investigación y extraemos los frutos. Su voluntad y empeño por comprar libros, sacando dinero de donde fuere, eran tenaces, y los bibliotecarios de su universidad rápidamente se acostumbraron a ver llegar los cúmulos de peticiones con su firma y sello. Coleccionaba catálogos, recorrió las librerías anticuarias de Europa, seleccionó las revistas y series de monografías más adecuadas. Y el resultado fue una de las bibliotecas de Historia Antigua más completas e inteligentemente diseñadas de nuestro país, quizás con la mejor sección de Egitología que pueda encontrarse dentro del panorama universitario español. Al mismo tiempo, Presedo iba formando un equipo, creando, a su peculiar manera, su escuela. Sin prisas ni presiones, en la forma distendida con la que entendía se debían de hacer las cosas. Por sus manos pasaron no pocos discípulos que en la actualidad ejercen de flamantes catedráticos y profesores titulares de nuestra Historia Antigua: Francisco Javier Lomas Salmonte, Genaro Chic García, Rodríguez Neila, José María

Santero, Fernando Gascó, Antonio Caballos, Pedro Saez...Una lista de todos aquellos que aprendieron de él o que le deben algo de su formación o de su trayectoria académica sería siempre excesivamente larga e incompleta.

Es importante valorarlo como persona involucrada a fondo en la promoción de los conocimientos científicos y en la dignificación de la vida universitaria de nuestro país. Así, en los años ochenta logró que se constituyera en la Universidad de Sevilla un Departamento independiente de Historia Antigua, por aquél entonces el único del estado español, además obviamente de la Complutense y de la universidad, también andaluza, de Granada. Su talante político liberal y aperturista explica que fuera el primer Decano democráticamente elegido de la facultad de Historia de la Universidad de Sevilla, con el apoyo fundamentalmente de los estudiantes y de quienes por aquél entonces éramos Profesores No Numerarios, en dura pugna frente a una candidatura de marcado carácter conservador y reaccionario. Era la España de mediados de los ochenta, no lo olvidemos, cuando aún había muchas cosas que ajustar en la transformación que estaba experimentando nuestro país. Cuando se jubiló, recibió un justo homenaje y reconocimiento por parte de su universidad, que lo mantuvo en activo hasta su fallecimiento en calidad de Profesor Emérito.

Es ciertamente una tarea interesante e instructiva el hacer un recorrido por la trayectoria de estudio e investigación de Presedo, por lo variopinto y diverso de sus intereses y por los temas a los que dedicó su esfuerzo y atención. Su tesis doctoral, injustamente muy poco conocida, versó sobre la Península Ibérica en la época Bizantina, y constituyó un trabajo pionero, tanto por el tema, como por la calidad con que trabajó, así como por el exhaustivo tratamiento de las fuentes, piedra angular en su modo de concebir la investigación histórica. Mantuvo siempre abierto un frente de estudio relativo a Hispania, tanto los pueblos y culturas Prerromanos de la Península Ibérica, como todo lo referente a la Romanización como proceso histórico y fenómeno cultural. Sus resultados fueron históricamente importantes y hasta espectaculares. Se hizo famoso, no lo olvidemos, como descubridor de la Dama de Baza, pero no hay que olvidar también que el hallazgo de esta célebre pieza se hizo dentro del contexto de unas excavaciones que estaba llevando a cabo en una interesantísima necrópolis situada en la localidad granadina de ese nombre, donde salió una amplia y rica gama de materiales de relevancia histórica y artística. Durante años dirigió los trabajos de excavación y restauración en el solar de la antigua colonia romana de Carteia, en la bahía de Algeciras, en Cádiz. Al hilo de estos trabajos arqueológicos puso en marcha, hace casi treinta años, un proyecto de estudio sistemático de las ciudades romanas de la Bética, sobre todo en sus dinámicas sociopolíticas y su organización municipal, hoy justamente uno de los tópicos de estudio y de investigación más importantes y difundidos en el actual panorama de la Historia Antigua española.

Sin embargo, si por algo merece la pena recordarlo aquí, es por su vocación decidida como Orientalista y promotor de los estudios de Egiptología dentro del ámbito español. Como todos sabemos, llevó a cabo una intensa actividad arqueológica en Nubia, al hilo de las famosas campañas de salvamento de la UNESCO, y en el propio Egipto, fundamentalmente en Herakleópolis Magna, que por eso es hoy,

no lo olvidemos, yacimiento emblemático de la egiptología española. Desarrolló una amplia actividad como difusor del interés y del conocimiento del Antiguo Oriente y de Egipto a través de publicaciones, de conferencias, y sobre todo de sus clases. Trató de dotar a su Universidad de una mínima infraestructura que permitiera al menos iniciarse en la investigación y los estudios superiores en Egiptología, con la biblioteca a que antes hicimos alusión, y especialmente por medio de los cursos de lengua egipcia (sistema jeroglífico) que desde hace casi veinte años se imparten y se siguen impartiendo en Sevilla. Era consciente de que se trataba de una carrera de fondo, y que la inversión era a largo plazo, pero gracias a su esfuerzo hoy día, en el departamento que fundó y dirigió, se pueden llevar a cabo con dignidad y honestidad científicas estudios de Tercer Ciclo de Egiptología. De ahí deriva una escuela de especialistas y profesionales que desempeñan su actividad profesional en el campo de la egiptología, como Miriam Seco, Margarita Conde, Antonio Morales, o quien escribe estas líneas. En este sentido, nuestra deuda para con él es absolutamente impagable.

De todas maneras, al lado de esta breve reseña de su trayectoria académica, institucional y puramente científica, creo que el valor de la obra y de la huella de Presedo Velo, a mi modo de ver, hay que buscarla fundamentalmente en la experiencia cotidiana, humana y directa que disfrutábamos quienes trabajábamos con él. Se trataba de un conversador infatigable, de un depósito de experiencias útiles que gustaba compartir, de un defensor apasionado de determinadas ideas, maneras de ser y de actuar en el campo de las humanidades, y muy especialmente con respecto a aquellos que pretendían acercarse al estudio de la Antigüedad. En estas cuestiones era, bien es verdad, un gran crítico, a veces irónico y mordaz, no precisamente proclive a hacer concesiones. Pero al mismo tiempo se trataba de una persona dotada de un sentido práctico que nos resultó enormemente útil para quienes pretendíamos adentrarnos en la Historia Antigua, en la Egiptología, y además desarrollarnos profesionalmente en estos campos. No aceptó nunca la «fiebre de publicaciones» que se instaló y sigue instalada en nuestra ciencia, e insistía mucho en que siempre le estamos dando vueltas a lo mismo, y en lo preocupante que era (y que sigue siendo por desgracia) el que muchos no fueran conscientes de su falta de originalidad e incapacidad de realizar una aportación nueva. En nuestro país, solía decir, cualquiera rellena páginas y páginas de un artículo o de un libro creyendo haber hallado el huevo de Colón y ni siquiera se ha leído, no sólo los últimos trabajos específicos que actualizan los conocimientos (las revistas especializadas), sino ni tan siquiera la obra de los pioneros del siglo XIX, que descubrieron más de lo que a veces imaginamos y que sobre todo le tenían un especial cariño y apego a las fuentes. No aceptaba ni comprendía que se atrevieran a llamarse historiadores de la Antigüedad, de Grecia Roma, de Egipto o Mesopotamia, personas que de forma patente y manifiesta desconocían las lenguas necesarias para ello, tanto las antiguas como las modernas (su insistencia en la trilogía del francés, inglés y alemán se hizo célebre). Porque en su concepción historiográfica los textos, las fuentes escritas, ocupaban un lugar preeminente, y los veneraba como el receptáculo más depurado de la creación intelectual humana, y como la vía de acceso más apropiada para conocer la cotidianidad, las condiciones de vida y los valores de toda una so-

ciudad. En este sentido, y pese a su dilatada y brillante trayectoria como arqueólogo, era muy excéptico y no creía que la evidencia de la cultura material, los vestigios que la Arqueología proporciona, pudieran llegar ser tan elocuentes o tan evocadoras para un historiador como un buen texto escrito. Claro está que en defensa de sus opiniones podía con facilidad traer a colación a bastantes arqueólogos hispanos que desempeñaban palpablemente su oficio con una torpeza y falta de criterios más que notables. En esto, como en otras tantas cuestiones, las opiniones de Presedo siguen siendo en buena medida válidas y deberían obligarnos a repensar una y otra vez como enfocamos nuestro trabajo aquellos que profesionalmente estamos dedicados al estudio de la Antigüedad.

Pero muy por encima de todo esto, Presedo era un humanista de talla singular, un estudioso que aunaba casi todos los saberes en un esfuerzo casi épico por conseguir una percepción total del hombre en su historia, en la Antigüedad. En este sentido era un historiador de otros tiempos, pero cuya forma de entender el pasado del hombre tenía una grandeza que falta en los tiempos actuales, tan especializados y técnicos. Era alguien capaz de estudiar los textos arcaicos de Uruk, en su obsesivo interés por los orígenes del estado, y que a la vez podíamos encontrar traduciendo directamente a Ausonio, o mostrando lo bien que conocía a Platón, a Kant o a Ortega; alguien que conocía los archivos de Hattusas y que podía comentar con soltura a Amiano Marcelino, que se pasaba una tarde enfrascado en la traducción y las anotaciones a la *Historia de Sinuhé*, y a la siguiente nos lo encontrábamos discutiendo el texto de las leyes atenienses de Dracón. Y siempre a un alto nivel, inteligente y competitivo en el campo en que se adentrara. Era un cosmopolita del conocimiento, ajeno a los localismos, nacionalismos, y demás clichés catetos que por desgracia tanto proliferan y siguen proliferando en la vida académica española. Era un hombre que laceraba la mediocridad porque la aborrecía, esa mediocridad que, especialmente en nuestra cultura de las letras, y, por qué no decirlo, en nuestra incipiente Egiptología ha proliferado en demasía. Por eso, quizás, a algunos les extrañaban o incluso molestaban sus comentarios, opiniones o críticas (sin detenerse a pensar en las razones que movían a Presedo, casi siempre más que justificadas). A otros, en cambio, nos mostró así un camino presidido por exigencia, la calidad y la altura de miras, un camino duro pero al mismo tiempo de disfrute, el camino de la ciencia. Por ello su figura ha de ser recordada siempre como un referente, insustituible, entrañable y objeto permanente de nuestro recuerdo y homenaje.